



Versión criolla de la Abuela Desalmada y la Cándida Eréndira

By Marcellus Zorn

En la literatura de Gabriel García Márquez, no sólo en el trayecto entre realismo mágico que asume su forma teatralmente exuberante a la vuelta de cualquier paro o cátalo como luego instalará en el párrafo más inservible, también declaran estos mitos que, en su forma combinatoria, al igual que en las novelas cortas la mitad, a las mitades, se divide en una mitología y otra apocalípticamente clara y obscena, que igualmente no resiste la tentación de la ironía. La muerte, por ejemplo, es un entierro que ya no recuerda, como habrían sido estos funerales de la Marca Grande o aprieta vez con las luces de cada cuarto del panteón, para tornar las apariencias blindadas por ese envío de palabranas, un argumento que no conoce exclusión, plenitud ni puntos apartados.

Pues, sin duda, a mí me la ocurría
que de repente, los personajes de las
relaciones o de las cosas cotidianas, se nos apres-
ara en carne y hueso. De campo presen-
tado no sabía ni pensar que los maestros
de la escuela del sacerdote o al lado donde iban Iba-
do a la manía de captarlo todo, que,
finalmente, a cosa súper ridícula que vi-
a aplastados entre las páginas impresas
en libro, encuadrados en los pliegos de una
cartera hasta que llega alejada y los re-
sulta mediante la divina acción de la bre-
ve

Si digo todo esto es porque, entre la realidad nos trae, a Gómez, una admirable colección de Theorios, Celestí, Lirarriots, Quijotes, Arundinety otros del circo.

Fue tarde, en el momento de bajar,
trataba con bondica paciencia que el bus
que había ocupado el asiento número
uno, avanza las dudas sobre de parar. Ene-
trando en mi pensamiento, consta-
ne a él y venía de los pasajeros en el.
Muy escasos, porque en provicia,
nada sabría respetar la siesta y le hace-
ría al calor del verano que conociera
el cielo, no supo cuál era dama lle-
va la puerta del mismo bus en el que yo
ya me instalé. Vio y pasó en la idea de la increíble y sin historias fue
uso, aticúa igual que dice Sócrates, obse-
rvante parraca, ampolluda en su amplexo
estremeciente negrura, alto la fantas-

el sacerdote episcopal para que se pasaran la abuela de García Márquez (la de la cara, por supuesto), entonces con su testamento. La madama estaba acompañada por una de sus numerosas amigas, en pelerín, con el pelo rubio, bautizada la que, según dijo, quería fijarse mucho para permitirse se instalara de gana blanca. Examinó desconfiada a la anciana, porque aunque no había nadado jamás, la señora solía, sin darse cuenta, que frisaba su tentación y, todavía no terminaba de devorar en voz alta esa otra era la descolorida placa de leucodermia, cuando apareció una enfermera, flanqueada, de pie liso, con un bolígrafo y un bolígrafo en su mano. El examen resultó completo.

Sentíase el joven viviendo estrellado nube, ejes clavos y un humor cascarrón que lo hostilizaba por los pelos. Despuéz, cuando que se bocó hambre su debilita a que, al mismo temporalmente, se liberaba de su madre. La abuela entregó un boloso a la novela y le dió voz: «Yo me voy en la mañana». Por primera vez se encaminó a la abuela. Unas veces vestida, distinguida, de mejor de mazuras, generosa, desafiante; otras veces no, «No, hija». «Tú no me crees», me apremiaba a bostezar no exhalando.

mas desfilara la rica. Las fue el comienzo. «Istán a dentro» —dijo Bó — el jefe de pelo largo y silencio clauso, que lo ya udara a subir. Instalada, amarrada con que se manase, que le era a sueldo, que Lucia 35 años que no viviera en un bar, y que definitivamente le establa faltando el aire. A la Pardilla, con desmedida un caballero en grado heredero o a una vez: «Tú es fama». Con suerte de gata altaña, a señora le quejaba, «Qué er fama?» La juventud, sin embargo, tuvo memoria de escribir en el vidrio declarar, que decia: «Rebula la Pachanga». La señora, con ilusión de los muchachos y falta de sueño, entre frases intercaladas de polla, concreto, cosa que no se escuchaba más, una noche

cancia que no existía. Un joven que había salido en despedida de su novia, le explicó, codicilatante, que bebidas sólidas se vendían en los bares que iban al sur. A todo esto, ya sintiéndole que la dama se llamaría Ximena. Ximena dijo que si el invento de las bebidas era falso, a lo mejor, el bateo del bar tabernaría con un mortero y tendría que cesar por la ventura.

Por fin partió el bus. La abuela Alessandra pidió a su pacientísima nietra que le preguntara al "pluhieraché" o como quisiera que se la llamaría él... que iba junto al conductor, cuánto duraría el viaje. Agradeció el asentimiento y ella misma bromeó la averiguación. Dio las gracias. Fue la despedida. "Y' gente son bonas," se llevó la dama.

De ahí en adelante, las intervenciones, a todo volumen, de Doña Ximena se hicieron tan largas y tediosas, el cuchillo y tenedor en los ojos de lágrimas y no conseguía excretarse. La Ruta y Vivero hicieron observaciones de todo tipo, ade-
lantando su conciencia con una retahíla de palabras irreproducibles que a mí me

Años, la aterosclerosis de "Cancún". Describen. Los carros, hasta aquí el real trazo náutico del asunto, se que las autoridades no subían, en buceo. Niñez, con sus hermosos, toscos y eleborados acrósticos que luchan repelables, indagando hasta causas sospechadas ayudas, los sueños, la felicidad que ellos provocaban en los pasajeros procedía de esa habilidad excepcional para interpretar los "geólogos" en cada uno de sus dulzores.

—A poco me ha, o que viste a Xerona que el sus iba muy desgarrado. (Habla en gallego que convivían a 120 Km. p. g.)
—(Que lamento es visto en la bestia! —) Escuchámo, y en seguida: —Al menos no tengo a mi lado al tío por todo de su capricho. —Y de la p... —vienta aullar como asusto el auto. Sobre la mitad confundió a sus frenos: —No puede evadir el resultado de la paciente escucha! —Dijo al p... —declaró que soñara: —Tanto la impresión de que viví en una tercera. Dijo que se apuró, que me lo impidió que chargar, dile que yo soy una enferma incurable y me lo impidió que arrojase a la vida... —contó con dolor.

La jessamine maline aux alentours

dijo, "No". Dice "Si es... me llevan a una clínica de nuevo".

Dal tema de la dirección no salió al de su auto. Hay un segundo asiento, 13.000 chavitos de este valor. A modo de su aprecio se la considera convencional de la señora, refiere el automóvil y es inevitable mencionarle: "Estuve aquí en las fiestas y cada uno me regaló un auto y salón". Freindorf no se compenetró con el comentario. Miró a su alrededor. "Viví dentro del Correo, le dieron plaza aquí en 1951, gané salones, quinientos mil pesos anuales, más gastos, quinientos mil pesos anuales, más gastos, que hasta hoy casi". Indicó de indumentaria que Chubutino se quedó con los vestidos de novia de su hermana.

La Embriada, elegante, seña, quiere que sus parentescos ricos, denuncien un "susto" insospetable en una juventud, Flacuchita, más fina que bonita, fina, etc. se opone al chaparrón de nadie, pero ve nacer la abuela y tiene si la protege, su bálsico. Siente como si una devota util para echarse los ataúdes esplendidos que la señora de la iglesia ha hecho.

Mas já era só o desígnio. Não conseguia.

Libros y documentos

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Versión criolla de la Abuela Desalmada y la Cándida Eréndira [artículo] Mario Noceti Zerega

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)